

Colonia trae datos que fortalecen nuestras esperanzas. Contra Estrasburgo han lanzado bombas diez y ocho baterías, que disparan cuatrocientas veces por día. Para conducir municiones á estas fraguas de la muerte son necesarios treinta wagones; ocho mil quintales de metal fundido llovieron los obuses sitiadores, sobre la ciudad en seis días. Cuarenta mil hombres la cercan á pesar de que su circunferencia es de seis kilómetros y medio. La circunferencia de la ciudad de París tiene treinta y tres kilómetros. Los fuertes se extienden como avanzadas de piedra por todas partes y llevan muy lejos los ródios de la defensa. Cincuenta y siete puertas abren paso á la inmensa ciudad. Más de mil piezas de artillería son necesarias para batir á París. Cuatrocientos mil soldados la defienden. Dos-

cientos wagones son necesarios para conducir diariamente la metralla indispensable contra esos fuertes, contra esos hombres, contra esa ciudad. Doscientos millones de francos exige un mes de sitio. Estos esfuerzos, y una resistencia heroica pueden arruinar á Alemania. Bismark no debe en su gran talento ignorar todas estas dificultades. Así comienza ahora á reconocer imposible una restauración napoleónica. Trata en el palacio de Rostchild, con Julio Favre sobre las condiciones de la paz. Se entera del espíritu que reinará en la próxima Asamblea Constituyente. Y dirige una circular á sus agentes diplomáticos en el extranjero, una circular llena de sensatez é inspirada en verdadero espíritu de conciliación. Que la conciencia humana le hable; que le ilumine la razón universal.

CAPITULO LV.

MAS GUERRA.

Días 23 y 24 de Setiembre.

En medio de estas grandes angustias apenas tiene tiempo el pensamiento humano para fijarse en los hechos que pasan como un huracán á nuestros ojos. El poder temporal de los Papas ha caído. Con él acaba de arruinarse la clave que sostenía el edificio feudal de la Edad Media. La razón humana que ha resistido tanto tiempo el sayal y el cilicio se levanta. El Te-Deum de la libertad sale de todos los labios. En el momento mismo en que se habia declarado infalible, y puesto su poder temporal entre los dogmas de fé, el Papa siente el rayo de las ideas sobre su cabeza deritiéndole la corona de rey, el huracán revolucionario bajo las plantas desarraigándole el carcomido trono. Un lijero asalto, una defensa de pura ceremonia, han bastado para abrir de par en par las puertas de la ciudad eterna al espíritu de Italia. Volverá al foro la libertad civil, volverá la palabra humana á resonar en la Tribuna de los Rostros, el derecho democrático subirá á su Sinaí que es la montaña Aventina, la República reaparecerá sobre

las piedras del Capitolio sagradas por el recuerdo de sus legisladores, de sus héroes; y el poder, que pugnaba por hacer de Europa una inmensa Asia, soñolienta y hechizada por los filtros de inmóvil teocracia, se habrá hundido en la noche de los sepulcros, ahuyentada por el amanecer del eterno día del derecho.

Días 25, 26 y 27 de Setiembre.

Por globos aereostáticos, enviados desde París á Francia ansiosa, tenemos noticias que, unidas á las del telégrafo prusiano, pueden darnos alguna luz para mirar los tempestuosos acontecimientos. De la entrevista habida en la gran quinta donde el rey de los judíos, y el judío de los reyes, Rostchild, enseñaba á sus papagayos á gritar, viva Napoleón; de la entrevista de Ferrieres, en que Otto Bismark y Julio Favre han hablado de la paz, resulta que tendremos guerra, y guerra á muerte, sangrienta, horrible, como la desesperación de un gran pueblo.

Lo lamento por las ruinas que sembrará sobre el suelo, por los dolores que sembrará

sobre el alma de toda Europa. Lo lamento porque no quisiera ver corriendo por tierra, la sangre de dos razas ilustres. Lo lamento por la miseria, por la desolacion que sentirán igualmente los vencedores y los vencidos. Lo lamento porque esta guerra eterna, implacable, perturba todas mis ideas morales sobre la libertad humana y me hace creer que tambien reina en la esfera social ese combate ciego, por la vida que desgarrar toda la naturaleza. En nombre de la humanidad, en nombre de la conciencia, en nombre de la justicia universal, lamento y condeno la guerra.

Pero cuando un rey conquistador la impone á la fuerza, no hay más remedio á un pueblo libre que aceptarla. Cada piedra del territorio francés debe ser un reducto, cada casa una fortaleza, cada hombre un soldado, las puertas barricadas, las ventanas troneras, los instrumentos del trabajo fusiles, los brazos mismos armas incansables, el suelo nacional desde el Pirineo á los Alpes y al Rhin vasto cementerio, los aires laboratorio de la muerte universal; que es preferible la completa desaparicion de un pueblo á su deshonor. Que digan los venideros: ahí fué Francia. Pero que no digan: por amor á la vida, por culto al vientre, temerosos de perder sus placeres de un momento, doblaron los franceses el cuello al vencedor, que los contó, y los justipreció y los numeró como si fueran reses de su ganado. La nacion que emancipó al mundo, la estrella intelectual del siglo décimo-octavo, el verbo de la moderna civilizacion, la patria de las ideas humanitarias, el templo de la revolucion universal, no puede convertirse en la cuadra de los hulanos.

Ya se ven desde las fortalezas los exploradores, que miran como aves de rapiña; los vigías enemigos que escuchan los latidos de la gran ciudad. El momento de las supremas resoluciones ha llegado para la capital de Francia. Y para los prusianos ha llegado tambien la hora de las terribles pruebas. Sin

duda lo conocen así, y anuncian que Bazaine capitulará. No puedo creerlo. Espero que esta noticia sea un ardid de guerra. Bazaine, aunque nada haga, aunque nada intente para salir de la ciudad, mantiene en jaque un ejército de doscientos mil hombres; los cuales, de otra suerte, caerian sobre París como espesa nube de langosta.

Yo siento que sólo podamos registrar desastres. Toul ha capitulado. La heroica ciudad no ha podido por más tiempo resistir á la superioridad del enemigo. Pero Estrasburgo, incendiada, arruinada, en medio de un volcan, se mantiene firme, á pesar de las brechas abiertas en los muros y de las heridas abiertas en los cuerpos de sus heroicos defensores. El gobernador militar Ulrich, ese hombre de bronce, está herido en el pié y en la espalda; pero su corazon late por la patria, y en su cabeza brilla el resplandor de su alma, decidida al postrer esfuerzo y al postrer sacrificio.

El inmenso radio de París obligará á las tropas prusianas á dividirse. Y la division de las tropas puede ser causa de victorias francesas, porque da margen á salidas afortunadas del ejército sitiado. El diez y nueve tuvieron los defensores de París entre Meudon y Villejuif un grande encuentro. Las pérdidas prusianas fueron muchas y pocas las pérdidas francesas. Los soldados de París, constreñidos por el número, clavaron los cañones del reducto que defendian y se recogieron en buen orden bajo los fuertes. Pero un regimiento de zuavos desmoralizado por el régimen que aplicaba el Imperio á las tropas, sintió tal pánico que se desordenó, faltando á todas las leyes de la disciplina y á todas las conveniencias de la guerra. El general Trochu les aplicará las más severas disposiciones de la ordenanza, único medio de hacer entrar en razon á los soldados corrompidos por el Imperio.

CAPITULO LVI.

EL CAUTIVO Y EL PUEBLO.

Dia 28 de Setiembre.

Pietri desmiente en varios comunicados las fechorías atribuidas por los periódicos ingleses al Emperador en la gestion de la Hacienda. Sea. Sea. Pero lo que Pietri no podrá desmentir, es la entrega de cien mil franceses, que aun podian luchar, que aun podian abrirse paso, la entrega incomprensible al insolente enemigo en las llanuras de Sedan. Ese hecho sólo constituye el proceso de Napoleon, y justifica su destronamiento, si no estuviera justificado por la conciencia humana, por la razon universal, que desde su origen condenaron inapelablemente la negra traicion del Dos de Diciembre, y sostuvieron la necesidad de una verdadera reparacion, no conseguida hasta el dia en que fué proclamada la tercer República francesa.

El Emperador Napoleon continuó siendo objeto en su palacio, de toda suerte de atenciones. El Rey de Prusia lo queria vencido, pero no lo queria destronado. Cree tener en él todavia prisionera si no el alma, la sombra de la gran nacion. Nubes de cortesanos lle-

gan á su retiro como para recordarle las grandezas imperiales. Un magnífico carruaje de las caballerizas reales, con seis caballos, acaba de serle regalado. Todos los dias sale á paseo. Algunos de sus antiguos amigos de la aristocracia inglesa llegan á consolarle. Lady Cowley, esposa del célebre embajador inglés, ha ido á interceder por la Emperatriz. Napoleon no quiere ver en la desgracia á la compañera que compartia con él la diadema cesárea. Acaso sube con su pensamiento á las causas de su ruina, y encuentra Roma, Méjico; y en Roma y en Méjico la figura de la Emperatriz. Acaso cree que no ha mostrado harta energía en los últimos dias, y que ha debido impedir las declaraciones de Palikao, primer decreto de su destronamiento.

Lo cierto es que la Emperatriz, despues de haber atravesado en medio de deshecha tormenta, los procelosos mares que separan Francia de Inglaterra, al llegar á la isla, que ha albergado á tantos destronados reyes de Francia, oculta su dolor en una humilde posada, y en un traje negro que le da aspecto

de una hermana de la Caridad. En ese retiro llora su trono perdido, y estrecha contra su corazón la rubia cabeza de su hijo que creía destinada á la primer corona del mundo, derretida en los funestos campos de Sedan, el Waterlloo del segundo Imperio.

Mientras tanto las noticias de Francia son hoy más favorables que ayer. Lyon reúne un gran ejército. La Vendée está en armas para correr á la defensa del altar y de la patria. Las orillas del Loira resuenan bajo las marchas de innumerables guerreros. Marsella ha reunido, equipado, armado, treinta y cinco mil combatientes que parecen los aguerridos soldados de las federaciones. Empréstitos municipales se abren por doquier para ocurrir á los grandes armamentos. En Marsella un sólo comerciante griego ha dado tres millones de francos. La guardia movilizada ha comenzado á hacer prodigios de valor en el sitio de París. Los prusianos fueron rechazados en brillante encuentro de las alturas de Mendon. Los tiempos de la antigua República vuelven. Si Francia hunde ante París al Rey Guillermo, Francia, no sólo se salvará á sí misma, Francia habrá salvado al mundo.

El año 1814 los aliados en número tan grande como los prusianos de hoy, se dirigen sobre París. Un Consejo de generales hubo de formarse para decidir la suerte de la gran ciudad. Marmout declaró que París sería inexpugnable si su recinto tuviera á la sazón fortificaciones y su espíritu el heroísmo de Zazagoza y de Gerona. París tiene fortificaciones, y fortificaciones de primer orden. Sus hijos han jurado imitar el ejemplo de nuestros héroes, morir matando antes que rendir-

se. Los comentarios de Napoleon el Grande siempre deben tenerse en cuenta cuando de guerras se trata. Y Napoleon decia que si Viena hubiera estado fortificado no recoje él los frutos de la batalla de Ulma; que si hubiera estado fortificado Berlin no recoje él los frutos de la batalla de Jena. Sus huestes, en el segundo caso, hubieran sido detenidas ante la capital de Prusia y el ejército ruso hubiera llegado á tiempo de socorrer á sus aliados y deshacer al Emperador. Para sitiarse apretadamente á París, habia menester Prusia un millon doscientos mil hombres, y sólo tiene cuatrocientos mil. Para defender á París, basta con cien mil hombres, y París tiene cuatrocientos mil. No importa que sean los guardias móviles, á quienes el enemigo llama soldados de papel. Tras los muros, las fuerzas de un ejército bisoño se acrecientan y centuplican. Napoleon decia tambien: ¡oh! ¡si París hubiera sido plaza fuerte en 1814! bastaban milicianos para defenderla.

Prusia conoce las dificultades del sitio. Ha aglomerado su infantería en puntos cardinales, que su caballería reúne y enlaza en continuas correrías. Se propone principalmente tomar por hambre á París. Mas París declara que tiene víveres para todo el invierno. En este tiempo se han formado grandes ejércitos, y el sitiador puede encontrarse sitiado. Que el ánimo de Francia se levante, que la libertad se regenere, que la desgracia la vivifique, que la luz de la nueva idea la ilumine, que el sentimiento de su responsabilidad la alcance; y recogerá los lauros de Salamina y de Platea.

Que crecen cuando lloran los tiranos.

CAPITULO LVII.

EL EJÉRCITO PRUSIANO.

Día 29 de Setiembre.

Propóngome hoy estudiar algunas particularidades curiosísimas de organizacion y de disciplina en el ejército prusiano. Es un objeto digno de toda nuestra atencion, porque las victorias prusianas han hecho por el pronto á la nacion alemana, la protagonista de Europa. Los prusianos siempre establecen sus campamentos en forma de cuadrados, sea cualquiera el número de sus tropas. Sus brigadas, sus divisiones, las tiendas de sus generales se reconocen por las noches, mediante una iluminacion eléctrica encerrada en vidrios multicolores. Así fácilmente el general en jefe descubre á sus subordinados y les envía sus órdenes; y los subordinados saben dónde han de ir á llevar avisos ó recoger mandatos. Esto es tanto más útil, cuanto que la esperiencia ha demostrado que muchas veces el ejército francés no ha podido moverse con acierto y celeridad, porque en las tinieblas de la noche ignoraban sus jefes el espacio donde estaban erigidos los campamentos y colocadas las tiendas.

Estos campamentos son guardados por medio de centinelas esparcidos ante los frentes y por las alas, á treinta pasos unos de otros, que de continuo se cruzan para impedir que se salga ó se entre sin su consentimiento. Patrullas de caballería menudean en todas direcciones, y marchando al paso, celan todos los servicios. Los centinelas avanzados forman todavía, como en tiempo del gran Federico, un juego de ajedrez, y se unen á los centinelas de los grandes campamentos por pelotones de caballería destinada á evitar toda sorpresa.

Las hogueras para el rancho y demás necesidades de la vida, sólo de dia se encienden. Por las noches hay algunas consagradas á señalar las líneas principales de los centinelas, pero cubiertas tras grandes terraplenes por el lado que el enemigo amenaza. Donde quiera que acampan, alzan algunas fortificaciones de tierra, y evitan sonar tambores ni clarines, para no instruir al enemigo de su presencia. Cada individuo lleva un silbato, y á silbidos expresan los jefes sus ór-